

LOS FUTUROS CIENTÍFICOS EN LA MÁQUINA DEL TIEMPO

En las calles no se hablaba de otra cosa; en la televisión, en el periódico, en la radio... emitían el anuncio siempre que podían:

"EL CHIFLADO INVENTOR IVÁN HA CONSEGUIDO LO INIMAGINABLE: ¡UNA MÁQUINA DEL TIEMPO! Esta tarde la exhibirá en el Museo de Castellón a las 15:00h".

Todos tenían ganas de verla, pero especialmente una pandilla de niños llamados "Futuros Científicos", que iban a sexto de primaria y habían conocido a Iván en unos talleres de ciencias; desde entonces era su ídolo. Eran cuatro niños: Ingrid, alta, rubia y de ojos esmeralda; Tomás, bajo, atlético y moreno; y dos hermanos gemelos: Mar y Marc. Ella de ojos castaños y él de ojos azules, ambos pelirrojos y de nariz respingona.

A las 15:00h el museo estaba tan abarrotado de gente, que parecía a punto de explotar. Las entradas se estaban agotando rápidamente. Justo cuando llegó su turno, la vendedora de la taquilla anunció que solamente quedaban 3 entradas... Hubo tal alboroto, que Iván salió a ver lo que sucedía, y al enterarse de que uno de sus seguidores "Futuros Científicos" se quedaría sin entrada, habló con la encargada, para que les proporcionara una extra.

Entraron, se sentaron y prestaron atención al discurso que acababa de comenzar:

-La máquina del tiempo funciona bajando la palanca -explicó Iván-, después se elige el año al que se desea viajar. Es muy importante hacerlo antes de 5 segundos, porque si no, la máquina viajará a la época que le plazca.

Dicho esto, retiró la tela que cubría la máquina y apareció una bola plateada gigante con flores de cristal alrededor, abrió la puerta y enseñó el mecanismo al público.

-Chicos -dijo Ingrid-, la sesión dura una hora; ¿os parece que vayamos al baño ahora y así luego no molestamos a los demás?

-Bien pensado- contestó Tomás y se encaminaron hacia los baños.

Una vez hubieron terminado todos, decidieron volver a la exposición. Pero al intentar Marc abrir la puerta de salida de los baños, ¡descubrió que no podía abrirla!

-No tengo mucha fuerza, ¿me ayudas, Tomás? -suplicó Marc, fijándose en sus músculos.

-¡Vale!

Tomás se acercó a la puerta, puso la mano en la manecilla, la pierna en la rejilla y se echó sobre la puerta con tanta fuerza, que todos pensaron que la había roto... pero no, la puerta seguía atascada... Chillaron todo lo que pudieron, hasta casi quedar afónicos, pero fue en vano...

-¡Un momento! -gritó de pronto Ingrid- utilizaremos una horquilla para abrir la puerta.

Se quitó una de su cabeza y empezó a forzar la cerradura, pero no funcionó.

Al cabo de una hora, a Ingrid se le ocurrió otra idea: ¡el conducto del aire! Construyeron una torre humana; en la base Tomás, el más fuerte, después Marc, Mar y por último Ingrid, que desencajó la rejilla y se metió dentro.

-¿Qué ves? -preguntó Marc.

-Polvo, arañas y un camino por donde ir.

Cuando estuvieron todos arriba, siguieron recto por el túnel hasta que no hubo más

camino; miraron por la reja y efectivamente, ahí estaban las dos gigantescas puertas de la entrada. Apartaron la reja y fueron saltando y aterrizando ligeramente uno por uno, excepto Mar, la más patosa, que se resbaló y cayó de espaldas activando todas las alarmas y llamando la atención de los agentes, que empezaron a gritar:

-¡Ladrones, ladrones!

-¡Rápido, a la máquina! -les apremió Marc.

Entraron exhaustos, y aunque se dieron prisa en bajar la palanca, tenían la sensación de que algo se les olvidaba... pero no recordaban el qué... De pronto, desaparecieron. En un instante se encontraron en un lugar donde hacía mucho calor: Egipto. Tenían unas vistas preciosas; el sol brillante, las pirámides gigantescas y un terreno amarillento por la arena.

Se dieron cuenta de que la gente vestía como los antiguos egipcios; incluso encontraron escribas escribiendo mensajes en jeroglíficos.

Era día de mercado, así que los niños aprovecharon para curiosear. La dueña de un puesto de ropa se quedó horrorizada al ver cómo iban vestidos y les regaló algo más acorde al lugar, ya que ellos no llevaban nada de dinero.

Una vez vestidos correctamente, taparon la máquina del tiempo con una manta y se dirigieron al palacio a averiguar en que época estaban y a conocer al faraón.

Llegaron a la sala del trono escoltados por guardias y cuando vieron quién estaba sentado en el trono, no se lo podían creer, ¡la mismísima Cleopatra!

Tras hacerle una reverencia, Cleopatra preguntó: -¿desde dónde venís y cuál es vuestra historia?

Le explicaron todo, y se dieron cuenta de que lo que más llamó la atención de Cleopatra fue la máquina del tiempo. Pero no cometieron el error de desvelarle dónde se encontraba.

Cleopatra no perdió ni un instante en apresarlos.

-¡O me decís dónde se encuentra u os encarcelo en el calabozo! -les amenazó con una sonrisa triunfante.

Ingrid miró a los demás y le respondió que no soltarían prenda, por lo que la faraona se quedó muy sorprendida, pues siempre obtenía lo que deseaba. Hecha una furia los encarceló y se fue a dar un baño con leche de burra para relajarse.

En la celda pusieron a trabajar sus mentes pensantes.

-El hierro está oxidado -observó Tomás-, con la palanca adecuada, cederá.

Todos juntos levantaron uno de los dos bancos de la celda e hicieron palanca. Salieron corriendo, pero al llegar a un cruce, coincidieron con un grupo de guardias, que trataron de atraparlos. Consiguieron salir fuera del palacio dirigiéndose hacia la máquina.

Llegaron, se sentaron, cerraron la puerta y esperaron a partir, pero no se movían. En el último segundo, la máquina desapareció.

De pronto aparecieron en la cubierta de un barco pirata, pero no era cualquier barco... era el de Barbanegra, un temido pirata.

Se les acercó el encargado de cocina (que parecía más puerco que humano) y los puso a trabajar con él cocinando. Resultó ser muy simpático, así que aprovecharon para preguntarle muchas cosas. Descubrieron que por orden de Barbanegra los había convertido en sus prisioneros y serían utilizados como intercambio para saldar una cuenta que tenía pendiente con Sormia, un

ser diabólico, que antaño salvó al pirata de sus enemigos.

En ese instante entró Barbanegra y gritó:

- ¡¿Ya está esa olla de comida preparada?!, como no esté lista dentro de...

La pregunta se vio interrumpida por el sonido de una bala de cañón penetrando en el barco; ¡les estaban atacando! Corrieron a la cubierta y divisaron otro buque con bandera española; Ingrid aprovechó la oportunidad para pedir auxilio a pleno pulmón.

-¡A la celda, que no escapen! ¡Necesito entregarlos a Sormia! -ordenó Barbanegra- ¡si no, los sustituiréis vosotros!

Estas palabras animaron a los piratas, que rápidamente capturaron al grupo de chicos. De nuevo en la celda, pensaron como poder salir de nuevo y regresar a la máquina del tiempo.

-Hay que encontrar la manera de salir de aquí o nos quedaremos atrapados -dijo Mar.

En cuanto terminó la frase, otra bala de cañón atravesó la mazmorra asustándolos a todos.

-¡Vamos, hay que darse prisa! -les apremió Tomás.

Cuando llegaron a la cubierta del barco, buscaron la máquina y se prepararon de nuevo. Los tripulantes de Barbanegra se encontraban en un momento de tensión, pues los españoles iban ganando.

-¡Eh, vosotros! -les gritó un marinero español a los niños- ¡O entregáis esa cosa o moriréis!

De súbito, la mayoría de las armas españolas se prepararon para disparar contra ellos.

-¡Apunten, listos... -ordenó el segundo de abordo-, ya!

Las balas se clavaron en la madera del barco, pues allí ya no quedaba nada de la máquina del tiempo, ni de los Futuros Científicos...

Aparecieron en unas cuadras para caballos de una posada antigua.

-¿Dónde estamos ahora? -se quejaron Marc y Mar- queremos volver a casa.

-Puede que en la Edad Media; fijaos en los aldeanos, con sus vestimentas alegres, estrafalarias y todas las chicas con vestidos caros, largos, preciosos... -respondió Ingrid.

-¿Y qué hacemos ahora? -preguntó Tomás.

A lo lejos divisaron un castillo alto, grande, hecho con piedras de color plateado, precioso.

-Vamos allí, me muero de hambre -se apresuró a decir Marc.

Mientras se dirigían al castillo, un grupo de guardias los detuvo:

-Acompañadnos a la sala del trono, por favor.

Una vez allí, los reyes hablaron primero:

-¿Acaso no sabéis que no se puede llevar esa vestimenta tan estrafalaria? -bramó el rey.

-No pasa nada, disculpad a su majestad -dijo la reina con bondad, dirigiéndose a ellos.

-¡Por ello, tendréis un castigo! ¡A los remos! -declaró el rey.

Unas horas antes de la puesta de sol, llegaron a un gigantesco barco, donde a los esclavos les caían perlas de sudor.

-¡Vosotros dos -señalaron a Marc y Tomás-, poneos a trabajar!

-Un momento -pensó Marc- ¿y ellas...?

-Ellas, con las mujeres en la cocina; prepararán banquetes.

Antes de que se marcharan los reyes, la reina se acercó a Tomás y le dio una nota de papel:

"VOSOTROS DOS, ENCONTRAOS CONMIGO EN EL DESCANSO, JUNTO AL SETO PARA ESCAPAR.

FIRMADO: LA REINA.

P.D: AYUDARÉ TAMBIÉN A VUESTRAS AMIGAS"

Así pues, en el momento del descanso Tomás y Marc fueron junto al seto, donde encontraron escondidas a sus amigas junto con la reina.

-Chicos, acercaos disimuladamente y entrad en la máquina del tiempo; está aquí escondida -susurró Ingrid.

Ellos obedecieron y se despidieron de la reina, pero antes Mar le preguntó por qué razón les ayudaba.

-Porque siempre he querido tener unos hijos como vosotros... y, de hecho, creo que los tendré dentro de poco... -contestó acariciándose el vientre-. Adiós y suerte, chicos.

Esta vez, aparecieron de vuelta en sus respectivas camas, como si nada hubiera pasado... Al despertarse, todos pensaron que había sido un sueño, hasta que se reencontraron en el colegio.

-¡Hola! Anoche soñé algo muy raro... -comentó Marc.

-Y yo...

- Yo también...

-¡Yo lo mismo...!

Justo en ese momento, Iván el científico, pasaba por el patio, y extrañamente, se quedó observándolos y les guiñó un ojo...

FIN